

Biblioteca - Puerto Rico

Arturo Suro 2 -

Bibliotecas

REFLEXIONES SOBRE LA BIBLIOTECA EN PUERTO RICO

*Inaugurado por
Juan Antonio
de G...
[Signature]*

DR. ARTURO MORALES CARRION

(Palabras pronunciadas en el Acto de Inauguración de la Nueva Biblioteca del Ateneo Puertorriqueño).

11 de mayo de 1971

San Juan
1971

Eladio Rodríguez Otero, caballeroso y cordial, me ha pedido que diga unas palabras en este acto. He accedido con gusto por creer que el Ateneo debe proseguir su papel tradicional de foro abierto a todas las ideas y de centro amante de las raíces históricas de Puerto Rico. Eladio Rodríguez Otero se esfuerza en revitalizar esa doble tradición. Congrega voluntades y congrega libros. Practica la virtud de la concordia en unos momentos en que la discordia es la orden del día, es la pasión dominante en esta tierra.

Aplaudimos esta noche un esfuerzo de Eladio: la recreación de la biblioteca ateneística. Recoger, ordenar, equipar en condiciones modernas, el modesto tesoro de esta biblioteca es un acto de admirable testarudez. Guardar y cuidar libros, acumular y clasificar revistas y archivos y hacer esto con la intención de que esa paciente, silenciosa tarea, sirva generosamente a otras personas es una actividad rara, rarísima, en Puerto Rico. Los nombres de los testarudos que aquí se han dedicado a esta quijotería cabrían en una página.

Y, sin embargo, si la cultura puertorriqueña es una realidad que no la definen tan sólo la pose patriótera y la consigna doctrinaria, si entraña un rastrear cuidadoso de raíces y un interrogar al horizonte histórico, si es una vivencia, un sentir y un querer y un modo de encontrarse el puertorriqueño a sí mismo, entonces hay que reconocer una gran deuda: con esta quijotería empeñada en guardar los libros que encierran tantas claves sobre nuestro pasado.

Pocas cosas tan precarias como la vida del libro en Puerto Rico. Contra él han estado la naturaleza vegetal y la naturaleza humana. La naturaleza vegetal ha sido enemiga constante con su polilla, sus panes de comején, sus ratas y ratones, su legión de cucarachas y sus invisibles hongos, y como si

esto no fuera poco, el azote del agua, de la inundación y del huracán. Pero más serio ha sido el azote de la naturaleza humana: la incuria, el abandono, el desdén, el mal trato, y luego los delitos más graves, el robo, el saqueo, y finalmente el fuego.

Hagamos un breve recuento para entender la singular audacia que representa esta biblioteca ateneística. España trae a América entre otras cosas, tres vocaciones definidas. En primer lugar, la vocación imperial. La colonización es conquista y dominio, es mando y explotación, es afirmación enérgica de un poder, de un imperium, de tradición mediterránea y romana. En segundo lugar, la vocación misional, la propagación de la fe, la obra de cristianización, el empeño de afirmar la cruz junto a la espada. En tercer lugar, la vocación intelectual, la necesidad de llevar junto a la cruz y la espada, el libro, el saber de la época, y en especial el saber teológico y el del humanismo cristiano.

Esas tres vocaciones se afirmaron en Puerto Rico y dejaron una variable herencia. La vocación imperial dejó la más visible y desafiante huella en esos formidables fuertes que hicieron a la plaza inexpugnable. La vocación misional creó las iglesias, conventos, monasterios y ermitas. Alrededor de ellos fue cuajándose otro estilo de vida, más de rezo, responso y campana, que de corneta y tambor. Y junto a esta vocación, quiso afincarse la vocación intelectual, con flaco o ningún apoyo del estado y dependiendo en gran medida, de un puñado de hombre esclarecidos.

Los hombres de sotana traen los primeros libros, porque no conciben la empresa de Indios sin el libro como aliado y compañero. Monseñor Vicente Murga, en sus diligentes pesquisas, ha encontrado la interesante relación de los libros que vinieron con nuestro primer obispo D. Alonso Manso. Acaso debían servir esos volúmenes como biblioteca esencial para la Clase de Gramática, instituida por Manso, en la que retoñaría, sin duda, el humanismo

latino del prelado, quien había sido Canónigo Magistral de Salamanca. Pero ya esa primera biblioteca estaba condenada a arder. Cuando los indios caribes asaltan a Caparra en 1513, uno de los vecinos, Juan Martín Peña, cuyo apellido queda enclavado en nuestra toponimia, contempla como los caribes queman las casas de paja y también la casa del obispo "con cuanta librería tenía...."(1)

Si los curas y frailes traen los libros, también los traen los licenciados. Entre ellos, está el licenciado Antonio de la Gama, juez de residencia de San Juan, quien contrae nupcias con una hija de Ponce de León y es figura de gran influencia en el poblado. En su casa en San Germán, reúne otra de las primeras bibliotecas en nuestra historia. Y allá van los corsarios franceses en 1528 al asalto y surge otra vez la tea incendiaria sacrificando al libro. "En la quema de San Germán por franceses fue quemada mi casa e libros e cuanto tenía que no hubo lugar más que se ir mi mujer e hijos huyendo....", escribe lacónicamente el Licenciado.(2)

La lucha por el poder en el Caribe, que se acentúa hacia fines del siglo XVI, no impide que lleguen libros a la isla. Las órdenes religiosas tienen mucho que ver con estos empeños de traer a América el saber eclesiástico. En Puerto Rico cobra prestancia la orden de los Dominicos. No sólo atienden los frailes a su función espiritual. Desarrollan hacia mediados de siglo una vocación protocapitalista, cultivando estancias, criando ganados y aprovechando el breve auge de la caña de azúcar.(3) Con la decadencia del azúcar,

(1) Ver Vicente Murga Sanz, Juan Ponce de León (San Juan, 1959), 133.

(2) Vicente Murga Sanz, Puerto Rico en los Manuscritos de Juan Bautista Muñoz (Río Piedras, 1960), 257.

(3) Ver la acusación que les hace el Obispo Rodrigo de Bastidas, en ibid, 371.

decaerá el monasterio. Pero el suntuoso edificio guardará una soberbia biblioteca que ha de admirar en 1598 nada menos que el Capellán de la expedición del Conde Jorge Cumberland, el Doctor John Layfield, erudito profesor de griego de la Universidad de Cambridge y espíritu de sensibilidad renacentista.⁽⁴⁾

El Capellán Layfield alaba la hermosura del edificio en su relación, y cuenta el diálogo con un fraile, a quien critica por su mal latín. Tras de describir la espléndida situación del monasterio, añade: "Tienen librería con brillantes cubiertas los libros, pero allí se apolillan y pierden...."⁽⁵⁾

Antonio Cuesta Mendoza, apologista de los Dominicos, acusa a Layfield de haberse apropiado libros del Convento "para evitarles el apolillamiento."⁽⁶⁾

No tenemos prueba fehaciente a la mano, ni la presenta Cuesta Mendoza, pero no nos sorprendería que Layfield hubiese cargado con un pequeño botín intelectual para enriquecer su labor en Cambridge. De Cumberland sí sabemos que se llevó no sólo azúcares, cueros y gengibres, sino también vajillas y joyas, según confesó más tarde a Lady Warwick, su cuñada.⁽⁷⁾

La polilla y los corsarios se dieron, pues, la mano en el siglo XVI para hacer la guerra a las incipientes bibliotecas nuestras. Pero no cesaron

(4) Layfield contribuyó a la edición revisada de la Biblia en 1606. Ver la nota al pie en: G.C. Williamson, George, Third Earl of Cumberland (1558-1605), (Cambridge, 1920), 176.

(5) Boletín Histórico de Puerto Rico, Vol. V, 53.

(6) Antonio Cuesta Mendoza, Historia de la Educación en el Puerto Rico Colonial, 1508-1821, (México, 1946), 158-159.

(7) Williamson, op. cit., 220-225, reproduce una interesante y desconocida carta sobre la expedición.

los testarudos coleccionistas en tratar de atesorar aquí libros y papeles. La próxima figura cuya tragedia deja rastro es el obispo Bernardo de Balbuena, gran erudito y épico poeta, cuya biblioteca en San Juan se reputaba como una de las mejores de las Indias. Otra vez el fuego acabará con los libros y responsables de este acto de piromanía serán los holandeses en su ataque a San Juan en 1625.

El siglo XVIII marcará el comienzo ascendente de una clase de hacendados criollos, animado el esfuerzo económico por la válvula de escape del contrabando. Hemos estudiado esta relación clandestina en cuanto al trueque de productos, pero hasta la fecha apenas hay indicios de que por esa vía nos llegaran libros. Pero no habrían de faltar, porque fue fenómeno generalizado en el Caribe y ya bastante se ha escrito sobre "los navíos de la Ilustración." Recordemos también que la alianza dinástica entre Francia y España favorecerá contactos más estrechos, sobre todo hacia fines de siglo. En el momento revolucionario, nos visitarán franceses del Directorio, como André Pierre Ledru. Las ideas de la Francia revolucionaria entran con estos hombres, a pesar de la preocupación española por ponerles coto, preocupación que expresa la Real Cédula de 1793 en la que se exigía celar la introducción de libros, papeles y cartas "perjudiciales a la pureza de la Religión y quietud pública que pudiesen introducir en esta Isla los franceses".⁽⁸⁾

Criollos como el Alcalde Pedro Irizarry, denunciarán a los franceses como advenedizos que "entran en nuestra Patria con la piel de ovejas, é interiormente son lobos rapaces que nos rodean y velan continuamente para devorarnos...."⁽⁹⁾ Y hay que recordar que hacia 1807 funcionaba en San Juan

(8) Cita la cédula Adolfo de Hostos en Ciudad Murada (San Juan, Segunda Edición, 1966), 419.

(9) "Informe dado por el Alcalde Don Pedro Yrisarri al Ayuntamiento de la Capital", en Aída R. Caro de Delgado, Ramón Power y Giralt (San Juan, 1969), 61.

un club clandestino de franceses que ansiaban entregar a la isla a Napoleón.⁽¹⁰⁾ Más tarde hacia 1823 también son residentes franceses los que estimulen y aporten fondos para la expedición de Ducoudray Holstein, con su fantástico plan de una República de Boricua bajo una oligarquía de oficiales bonapartistas. En esta siembra de ideas revolucionarias, de corte francés, está una de las raíces del separatismo puertorriqueño.

Si las tesis políticas extremas de la Francia revolucionaria asustan y preocupan a las autoridades españolas, hay menos rigidez respecto de las ideas de la Ilustración francesa que persiguen propósitos utilitarios. La Sociedad Económica de Amigos del País, a la que da aliento y vigor la figura esclarecida de Alejandro Ramírez, constituye como sabemos, uno de los más eficaces medios para la difusión de las nuevas ideas. Animador incansable de estos esfuerzos es el ilustre sacerdote gallego, el Padre Rufo Manuel Fernández, a quien tanto debe la cultura intelectual y científica de Puerto Rico. El 11 de octubre de 1843, la Sociedad Económica recibe en donación una selecta colección de libros del Padre Rufo, con el objeto de formar el núcleo de una Biblioteca Pública, y manda construir "un estante cerrado de cedro, donde estuviesen a cargo del Secretario y a disposición de los socios por ahora y catedráticos de ciencias naturales en lo sucesivo, según propone el señor Rufo Fernández por única condición de su donativo".⁽¹¹⁾

En ese estante de cedero se ejemplificó la voluntad de proteger al libro de sus naturales enemigos. Allí estuvo el comienzo de la idea de una Biblioteca Pública, al servicio de la curiosidad estudiosa. El embrión de biblioteca

(10) Para un resumen de la conspiración, ver mi estudio Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean (Río Piedras, 1952), 131.

(11) Boletín Histórico de Puerto Rico, Vol. X, 62.

creció, como apunta Cuesta Mendoza, hasta alcanzar en 1885 "la respetable cifra de tres mil volúmenes".⁽¹²⁾

Paralelamente con estos esfuerzos para institucionalizar, por medio de una biblioteca, la transmisión del saber cultural y científico, se multiplican las bibliotecas particulares y se propagan en ellas las obras enemigas del régimen colonial. En esas bibliotecas, circulan "los libros perniciosos", como anota irónicamente Alejandro Tapia, quien se empapa, en estas lecturas clandestinas, del pensamiento de los enciclopedistas franceses.⁽¹³⁾ Es Tapia quien hacia 1855 y 1856 trata de fundar un Ateneo y logra conseguir casa, suscriptores y muebles, pero fracasa ante la censura oficial.⁽¹⁴⁾

Con Tapia llegamos ya a esa generación de mediados de Siglo XIX, en la que se expresa el liberalismo de la época. El puñado de jóvenes que se encuentran en España se apasionarán con las corrientes del siglo. Será, en gran medida, una generación de extracción universitaria, formada en aulas laicas, e impregnada del progresismo de la época. Junto a las ideas humanitarias centradas en el abolicionismo, están el celo por la instrucción y la búsqueda de una conciencia historicista. La historia no es simple acopio de datos ni faena de rectificación erudita, sino una forma de autognosis, basada en investigación rigurosa. Así comienzan la tarea de recoger documentos, bajo la sabia dirección de Don Domingo Delmonte, figura de las letras de Cuba, y amigo entrañable del gran historiador José Antonio Saco.

(12) Antonio Cuesta Mendoza, Historia de la Educación en el Puerto Rico Colonial, 1821-1898 (Ciudad Trujillo, 1948), 200.

(13) Alejandro Tapia, Mis Memorias o Puerto Rico como lo Encontré y como lo Dejo (Nueva York, s.f.), 25.

(14) Ibid, 90.

Radicados más tarde en Puerto Rico, los jóvenes de esa minoría ilustrada sacudirán el ambiente criollo con sus preocupaciones e iniciativas. La Biblioteca Histórica que publica Tapia en 1854, encarna el esfuerzo del grupo de Madrid. Basándose en ese acopio documental, José Julián Acosta revisará y pondrá al día la historia de Fray Iñigo Abad. Pero faltaba, en el terreno de la instrucción y la divulgación, la institución adecuada, la que representase a ese núcleo elitista de renovadores y congregase hombres, ideas y libros. Ese es el papel que ha de desempeñar el Ateneo. Su fundación es una afirmación de fe de la minoría ilustrada, liberal y criolla, una afirmación de fe en momentos difíciles cuando el entusiasmo que había despertado la República Española se disipa ante las arbitrariedades de Laureano Sanz y la restauración monárquica.

Manuel Elzaburu continúa el esfuerzo inicial de Tapia y hace posible la fundación definitiva del Ateneo en 1876. Hay tres trabajos de Elzaburu, publicados en 1888, que nos permiten ubicar el Ateneo dentro de las tendencias del momento y comprender mejor el papel de la biblioteca que establece. Me refiero al discurso sobre el Ateneo que pronuncia el 29 de enero de 1887, en el año aciago de los complotes; al de 20 de febrero de 1888 sobre "Una Relación de la Historia con la Literatura"; y al trabajo sobre "La Institución de Enseñanza Superior en Puerto Rico", también de 1888. (15)

Para Elzaburu, el Ateneo responde a la necesidad de mantener vivo "el movimiento intelectual en esta pequeña región de la gran patria española."

Surge, como lo indica el autor, en una época de cansancio, de falta de fe.

(15) Se encuentran los tres folletos en la Colección Puertorriqueña de la Universidad de Puerto Rico. Todos fueron publicados en 1888.

Se busca un "oasis tranquilo", un "campo neutral" donde puedan departir todos. De ahí que Elzaburu interese el apoyo de José Pérez Moris, en lo que llamaríamos hoy una "apertura a la derecha". Pérez Moris brindó su respaldo no sin que antes se le acusara de dejarse sorprender para fundar un centro "filibustero". En la derecha, en el incondicionalismo "enragé", había ciega hostilidad a la iniciativa de Elzaburu. (16)

El Ateneo inicia su historia en medio de zozobras. Se mueve con prudencia política, pero va abriendo firme surco. Los certámenes anuales exhiben una amplia gama de temas y estudios. Las conferencias difunden la cultura científica de la época. El Ateneo contará de 1876 a 1883 con la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, (17) y Elzaburu, animador incansable, promoverá la creación de una biblioteca pública. La anécdota siguiente es reveladora.

Entre los amigos de Elzaburu, se cuenta uno de esos bibliófilos impenitentes, de esos testarudos quijotes a quienes tanto debe nuestra modesta tradición literaria y cultural. Me refiero al asturiano-puertorriqueño, Don Manuel Fernández Juncos, inolvidable retratista de nuestras costumbres. Reunidos una tarde en el bufete de Elzaburu, deciden crear los dos amigos una biblioteca pública que auxilie los proyectos del Ateneo. Se trata de un acto de fe: la biblioteca comenzará con 25 volúmenes que done Elzaburu y otros tantos donados por Fernández Juncos. Acierta a pasar un comerciante rico, Don Venancio Luiña, y los dos proyectistas le convencen de que done una onza de oro. Con tal valiosa/numismática, se le ocurre a Fernández Juncos adquirir

(16) Manuel Elzaburu, El Ateneo (Puerto Rico, 1888), 6-7.

(17) Adolfo de Hostos, Tesoro de Datos Históricas, Vol. I, 257.

la obra de Gaspar Melchor de Jovellanos. La biblioteca nacerá así bajo el signo del enciclopedismo español.

Pero Jovellanos es anatema para ciertos extremistas conservadores. No se solidarizan estos con el acto de fe; quieren más bien un auto de fe y proponen que se quemen en la plaza pública las obras del gran teórico de la reforma agraria española. Otra vez asoma la piromanía. La propuesta encandila los ánimos, se atiza la polémica y llueven donativos de liberales a la Biblioteca para llevar la contraria a los Conservadores. El proyecto queda en manos de Ramón Santaella, otro bibliófilo impenitente cuyo extraordinario entusiasmo "no dejaba en paz," "--según Fernández Juncos--" a los vecinos de San Juan y sus pueblos cercanos mientras no le rindieran voluntariamente el tributo bibliográfico."⁽¹⁸⁾

Para Elzaburu, la biblioteca no tiene solo un valor instrumental. En el esfuerzo de crear una conciencia histórica, surge la necesidad de "aglomerar materiales", de reunir --escribía él en 1888-- "el cúmulo de antecedentes que se llama Bibliografía..." De ahí que el Ateneo cite a certamen y otorgue un premio en 1886 a Manuel María Sama, otro singular bibliófilo quien en Mayagüez prepara la primera de nuestras bibliografías conocidas.⁽¹⁹⁾ La bibliografía de Sama marca otro jalón en el conocimiento del ser puertorriqueño y complementa la publicación que había hecho Tapia de nuestras fuentes documentales y la labor ímproba de Acosta.

(18) Narra la anécdota Fernández Juncos en "Bibliotecas Públicas de Puerto Rico", conferencia publicada en Conferencias Dominicales dadas en la Biblioteca Insular de Puerto Rico (San Juan, 1913), 133. Sobre la labor de Santaella ver también su sabroso relato en Galería Puertorriqueña, (San Juan, 1958), 313.

(19) Ver el elogio que le hace Elzaburu, en Una Relación de la Historia con la Literatura (Puerto Rico, 1888), 11.

Si en las fuentes históricas y bibliográficas se precisaba la imagen del país, había que ir más allá y determinar cuál era la esencia de la tradición literaria. Había que vincular este estudio con la raza, el medio y el momento. Había que buscar --en palabras de Elzaburu-- "el árbol de la genealogía psicológica de nuestras almas, el cual contribuya a describirnos, por medio de las leyes que hemos apuntado, la transformación lógica y fatal del español de ayer, fundado en este suelo, en sus descendientes de hoy que hemos nacido en este rincón el más genuinamente español del mundo americano". Este españolismo, sentido sin duda con gran sinceridad por Elzaburu, no le privaba de afirmar con énfasis que "ninguna historia es más patriótica que la historia de la provincia y de la tierra natal porque ninguna se interna más profundamente en nuestras almas, ni se enlaza con raíces más fuertes a las fibras de nuestro corazón."(20)

Estas palabras se escriben poco tiempo después de los comportes cuando el Capitán General Juan Contreras había llegado a restañar heridas y en gesto de reconciliación con los criollos liberales, se había matriculado como socio efectivo en el Ateneo. Aprovechando este nuevo espíritu, Elzaburu urge crear plazas de archiveros y bibliotecarios, a la vez que impulsa, en ese mismo año, los estudios de enseñanza superior.(21)

Biblioteca, archivo, fuentes históricas, venían a ser pues, las bases para la exploración psicológica del puertorriqueño, para la creación de una conciencia patria. El culto a los libros y a los documentos era una pasión elitista,

(20) Ibid, 16.

(21) Elzaburu, La Institución de Enseñanza Superior en Puerto Rico (Puerto Rico, 1888). Ver el elogio a Contreras, por ser el primer gobernador suscrito como miembro efectivo, El Ateneo, 13.

es más, era el esfuerzo raro de un grupo de hombres, limitadísimos en número, pero imbuidos de un tesón que hizo posible el que generaciones posteriores tuvieran a la mano instrumentos básicos para el conocimiento del pasado. Fundar una biblioteca no era simplemente una manía bibliográfica; era un modo hondo y veraz de fortalecer el sentimiento patriótico. El libro encontró su aliado en este minúsculo grupo de hombres, empeñados en crear una tradición literaria y una conciencia histórica.

Pero esta alianza tuvo que enfrentarse a los sempiternos enemigos. En el 1899, San Ciriaco causó grave deterioro a la biblioteca de Fernández Juncos, considerada como la más rica de Puerto Rico.⁽²²⁾ El cambio de dominación trajo como consecuencia el fin de la Sociedad Económica de Amigos del País y la merma de su valiosa biblioteca. En 1903 señalaba R. A. Van Middeldyk, a quien el gobernador Charles A. Allen nombraría bibliotecario de la primera biblioteca general de este siglo, que muchos de los libros de la Sociedad habían desaparecido. Al huracán, se unieron el saqueo, el descuido y la indiferencia. Y sin embargo, en los momentos en que Van Middeldyk organizó la Biblioteca Carnegie, según su testimonio, la Biblioteca Municipal tenía más de 6,000 volúmenes y la del Ateneo era de las más importantes tanto en número como en calidad.⁽²³⁾

En el Siglo XX, otro puñado de hombres testarudos ha luchado contra viento y marea por rescatar la modesta herencia que dejaron los ateneístas del siglo pasado. Sólo en tiempos recientes y con grandes tropiezos han comenzado a institucionalizarse estos útiles auxiliares del conocimiento

(22) Así lo consignó El Territorio, el 11 de agosto de 1899, página 3. Debo este dato a la diligencia de mi amigo el licenciado Carmelo Delgado Cintrón.

(23) R. A. Van Middeldyk, The History of Puerto Rico (New York, 1903), 249.

cultural -archivos, bibliotecas y hemerotecas. No ha cesado de ser precaria la vida del libro y de las colecciones de periódicos y documentos. Y hemos perdido en doloroso éxodo, bibliotecas tan valiosas como las de Agustín Stahl y Cateyano Coll y Toste.

¿Qué hubo de aquella extensa biblioteca del Ateneo elogiada por Van Middeldyk y que sirvió a José Géigel y Zenón y a Abelardo Morales Ferrer para la excelente bibliografía que sólo en 1934 fue publicada? ¿Cuántas de aquellas obras están ahora disponibles?⁽²⁴⁾ ¿Dónde están las numerosas colecciones de periódicos que guardaba la Carnegie? ¿Dónde se encuentra el valioso archivo del Dr. José Julio Henna que donó a la Biblioteca Municipal de Ponce? ¿Por qué resulta tan difícil de encontrar, aun en la Colección Puertorriqueña de la Universidad, la más rica del país, colecciones completas de nuestros más importantes diarios finiseculares?

Formar una buena biblioteca, un buen archivo, una nutrida hemeroteca, es tarea paciente, difícil, de tenaz vocación. Año tras año, en labor de hormiga, se acumula el tesoro. Acabar con una buena biblioteca y con un buen archivo es, por lo contrario, tarea facilísima. Como todo lo que rezuma civilización, el buen libro y el valioso documento constituyen objetos vulnerables y endebles. Están siempre expuestos a ser víctimas de la negligencia y la pasión ciega.

Hace algunas semanas, en medio de esta fiebre de piromanía que se ha declarado en Puerto Rico, se anunció en un periódico que una hermandad patriótica se proponía incendiar el Ateneo en represalia por actos incendiarios de otros grupos patrióticos. Unos y otros quieren salvar el país, cultivando uno

(24) Nos referimos a la obra de José Géigel y Zenón y Abelardo Morales Ferrer, Bibliografía Puertorriqueña (Barcelona, 1934).

de los más primitivos mitos: la purificación por el fuego. Son los nuevos bohiques de un redivivo fetichismo. Ansían no el mundo de Luis Vives y Erasmo, sino el de Torquemada. Esta biblioteca que con tanto amor ha vuelto a reunir Rodríguez Otero, se encuentra, pues, tan amenazada como las del Obispo Alonso, del Licenciado de la Gama y del Obispo Balbuena. La amenaza, la intolerancia, la pasión desbocada, la discordia como sistema de vida. La amenazan también --y en una forma más sutil-- los que sólo vengan a buscar en estos libros, citas, frases y consignas para la agitación de hoy y no la explicación honda y sistemática de lo que fueron las épocas pasadas, con su configuración valorativa y sus peculiares modalidades económicas, políticas y culturales.

En el proceso de la cultura en Puerto Rico, mi recuerdo va hoy a los testarudos quijotes que en siglos diversos y circunstancias varias, se empeñaron en aunar su ideal humanístico con el respeto, el cariño y la conservación del libro. Nos enseñaron una eficaz manera de afirmar y acrecentar una nacionalidad cultural, agregando y multiplicando y no dividiendo y odiando. Cultivaron la pasión noble de la bibliomanía y no el fetiche de la piromanía. No aspiraron, en fin, a ser valientes en la sombra; aspiraron más bien a ser modestos civilizadores, a la luz del día.